

seguir el viaje; y así salió de esta isla a 9 del mes de septiembre, en demanda de la isla de Cenizas.

CAPÍTULO LI. *En que se trata de lo que sucedió a esta armada desde que salió de la isla de Cerros hasta llegar a la bahía de San Simón y Judas*



UEGO COMO LA ARMADA SALIÓ de la isla de Cerros fue en demanda de la tierra firme, gobernando al norueste, y a 11 de septiembre llegó a reconocer la costa y llegándose a tierra vieron ser alegre, vistosa y llana y vieron una bahía que se llamó de San Hipólito y en ella surgieron las naos y el general mandó que de la almiranta fueran algunos soldados con el capitán Peguero y el alférez Alarcón, con otros soldados de la capitana, a tierra a ver qué había en ella y que echasen un lance, con el chinchorro de la almiranta, para traerse de vuelta algún pescado a las naos. Vieron ser la tierra muy apacible y fértil y alegre y que iba un camino ancho, abierto, que iba muy seguido y trillado de la tierra adentro y hallaron una grandísima cabaña, toda cubierta con hojas de palmas bravas, bien ancha, que cabrían en ella más de cincuenta personas y trajeron mucho pescado muy bueno y regalado, que dicen pexesreyes, como el pescado blanco de Mechoacan, ni más ni menos, y el sabor y olor era como de sardinas; y vueltos a las naos, con las nuevas dichas, mandó el general que luego se prosiguiese la navegación; y así, a las ocho de la noche, cerca de las nueve, se hicieron a la vela.

Cuatro leguas más adelante al norueste de la ensenada de San Hipólito está otra que se llamó de San Cosme y San Damián, que reconoció la nao almiranta, andando perdida en busca de la capitana (como adelante se dirá); la cual es muy buen reparo para el viento norueste, y cerca de la playa, en la tierra firme, hay una famosa laguna de agua dulce y la tierra era buena, fértil y llana. Ésta no la pudo ver la armada por ser de noche y muy obscuro cuando pasaron por allí las naos.

Prosiguiendo la armada, toda junta, su navegación, viéronse desde allí adelante, por toda la playa de la costa, muchas y muy grandes hogueras y grandes fuegos que los indios, por toda ella, tenían encendidos, que bien se deja entender habría rancherías de indios donde había aquellos fuegos; porque con el viento norueste hace siempre en toda aquella costa mucho frío y estos días corría tan sin tasa y con tanta violencia que no dejaba ir adelante a esta armada. A diez y seis llegó toda ella al pie de unas sierras altas, negras, tajadas a la mar y que en lo alto hacen unos llanos grandes, como mesas, que por llegar a ellas el día de San Cipriano, se llamaron mesas de San Cipriano. Junto a esta sierra, a la parte de sotavento, que es el sueste, había unas barrancas blancas y en ellas un grande número de indios; envió el general a la fragata a ver qué indios fuesen y qué tierra;

y en ella el cosmógrafo para demarcarla y que se tornase luego, que ellos la irían aguardando; y dando las dos la vuelta a la mar, la fueron esperando; la fragata fue y como llegó a tierra, al abrigo de la tierra alta de la costa, faltóle el viento y el día siguiente volvieron las dos naos en busca suya y no la pudieron ver ni hallar y este día vino el viento norueste tan bravo y fuerte y las olas tan soberbias y furiosas, que duró casi veinte y cuatro horas su furia, que fue fuerza coger todas las velas y echarse de mar en través que dicen. La nao capitana no sintió la tormenta de la noche, por ser famoso bajel de mar en través; pero la nao almiranta estuvo muy a pique de anegarse y perderse. Fue ésta una noche trabajosísima para los de la almiranta, porque con los balances entraba siempre los bordos y mesas de guarnición debajo del agua. Luego, como aclaró el día, tornó a navegar como pudieron; mas como pasó el sol de mediodía tornó a arribar el viento de tal suerte que era más furioso que el de la noche pasada; y entrando la noche sobrevino una neblina espesa y oscura, pronóstico de mucho trabajo. Viendo el general que aquel tiempo no se podría reparar sin grande daño y riesgo de la nao almiranta, volvieron hacia atrás a ver si por la costa hallaban dónde reparase, y no hallándolo quisieron barloventear. El tiempo abonanzó un poco el día siguiente, con un poco de viento teral y con esto tornaron a recobrar lo que habían desandado y llegando al paraje de las mesas, que dije, donde la tierra hace una punta del cabo, cerca de donde se apartó la fragata, al querer pasar de allí sobrevino el viento norueste furiosísimo, con otra neblina y obscuridad, como la que arriba dijimos, que fue fuerza quedar las naos con solos los papahigos bajos, para poder pasar la noche; y esta noche, como hacía tanta obscuridad y tormenta, se perdieron de la compañía y vista la capitana y almiranta, la una de la otra, y todo aquel día se gastó en esto, mas no se pudieron encontrar.

La causa porque aquí en esta punta, que llaman de el Engaño, hay de ordinario grande fuerza de vientos, es porque viene por allí el aire colado y apretado; porque pasa entre la isla de Ceniza y el cabo de el Engaño, la cual está ocho leguas, poco más o menos, apartada de la tierra firme, al norueste de el cabo de el Engaño y es esta isla partida por medio y hace dos cerros altos y redondos, amogotados e iguales. Esta isla la descubrió la almiranta cuando andaba perdida y no la pudieron ver los días que dio las tormentas a las naos, por la mucha obscuridad que la espesa neblina causaba; el cómo se descubrió se dirá adelante.

La capitana, hallándose sola, sin almiranta y fragata, hizo diligencia en buscarlas y porfió a querer doblar el cabo de el Engaño; y llegándose a tierra todo lo que fue posible, un día se hallaron juntas la fragata con la capitana, y como la almiranta no parecía, estaban todos en muy gran recelo de que la mar, con la grande y deshecha tormenta, la hubiese tragado o que con los golpes de mar se hubiese abierto por ser navío viejo y que la gente de ella se hubiese ahogado y perdido; y como a la parte de el norueste de las mesas de San Cipriano y cabo de el Engaño habían hallado un buen puerto, en el cual ellos habían estado el tiempo que duró la tor-

menta, el general dijo que fuesen las dos a ella, y así entraron la capitana y fragata en ella la víspera de San Francisco, que fue a tres de octubre, y por esta razón se llamó Bahía de San Francisco. Aquí dijeron misa el día de nuestro seráfico padre San Francisco los padres fray Andrés de la Asunción y el padre fray Tomás de Aquino y confesaron y comulgaron toda la gente de la capitana y fragata; aquí se hallaron muchos indios apacibles y de paz y en una ranchería se hallaron cuernos de cabra y de cibolas. La tierra es buena y llana y parecía tener grande abundancia de todo género de ganados y cazas, por los vestigios, pisadas y estiércoles, que por los campos hallaron los nuestros; también contaron los de la fragata cómo habían hallado más adelante una isla pequeña que se llamó de San Gerónimo. El general dijo fuesen prosiguiendo la capitana y fragata su viaje y que llegasen a tomar tierra. En la isla de San Gerónimo hallaron muchos pájaros y mucha leña y al rededor de ella desde las naos cogieron, con cordeles, grande cantidad de caballas y otros pescados diferentes. Poco más adelante de esta isla parecía haber una grande bahía o ensenada y por ella entraba con gran furia la creciente de la mar, y cuando menguaba era también con grande furia de corriente, y entendiendo habría allí un grande río, mandó el general que se llegasen a ver si lo era la capitana y fragata; y que si lo fuese y hubiese buen puerto, aguardaría allí a la almiranta algunos días, que si no era perdida, no dejaría de pasar presto. Hízose así, como lo mandó el general, y entrando por el estero iba la fragata delante fondeando y halló cerca de una barra, que hacía el estero, tres brazas de fondo de baja mar; la capitana no se atrevió a entrar y quedóse fuera; la fragata halló dentro de la barra un muy buen puerto; el general mandó al alférez Alarcón que con una docena de soldados arcabuceros fuera a ver la tierra y a buscar agua y leña, y hallaron en el estero grandísimo número de indios desnudos, que con canoas de enea o juncos gordos y fofos, que se crían en agua dulce, andaban pescando. Los indios luego como los vieron irse, vinieron a los españoles con grande alegría y contento y les dieron de el pescado que tenían, con grande amor y voluntad, y luego los guiaron a unos pozos de agua muy buena, de que ellos bebían, que estaban cerca de allí, entre una muy grande espesura de sauces y mimbreros de España y de juncos de que eran las canoas, de que estos indios usaban. Dada esta relación al general se holgaron todos con oírlo; y así mandó luego el general que en tierra se hiciese una tienda para que allí los religiosos dijeran misa los días que allí estuviesen; y en el ínterin que aguardaban la almiranta, tomasen agua y leña y pescasen, aunque de esto hubo poca necesidad, porque los indios tenían cada mañana cuidado de traer pescado fresco; y fue tanto el amor y voluntad que a los religiosos y a los españoles cobraron que no se hallaban sin ellos; y si habían de irse a sus rancherías, que tenían cerca de allí, primero se iban a despedir y como a pedir licencia de el general y de los religiosos. Los españoles procuraron regalarlos, dándoles algunas cosillas de poco valor que ellos tenían en mucha estima; y con esto corrió la fama la tierra adentro y vinieron infinito número de ellos. Comían de todo cuanto los españoles comían y hablaban

y pronunciaban nuestra lengua española como si fueran españoles; todo cuanto veían hacer, hacían y hablaban cuanto oían hablar. Las mujeres andaban muy honestas y cubiertas con pieles de animales y son fecundísimas, porque cada una traía consigo dos niños a los pechos. Mostraron ser honestas y vergonzosas. Éstas tenían su trato con los de la tierra adentro; y a trueque de pescado traían mexcalli (que son la raíz de el maguey cocido, que es admirable conserva) y otras cosas de comer y cordeles y bolsas de red muy bien tejidas y curiosamente labradas de hilado muy delgado y curioso y bien torcido. De todas estas cosillas dieron estos indios muchas a los españoles por cuentas y otras niñerías. Por señas decían estos indios que en la tierra adentro había mucha gente vestida y barbados y que tenían armas y arcabuces; podía ser que sea alguna de la gente de don Juan de Oñate que andaba conquistando y pacificando el Nuevo Mexico.

Porque según la demarcación de la tierra, por la variación de los meridianos y climas de los mapas, según lo regula el padre fray Antonio de la Ascensión y el cosmógrafo, no se entiende que hay desde allí al real, donde dicen está don Juan de Oñate, doscientas leguas; y si esta gente, que decían estos indios, no fueran los que he dicho, sería gente política y de razón; y la gente que se dice que hay por aquellas partes, según han informado los indios de el Nuevo Mexico, y lo refiere una relación que dejó escrita el capitán Antonio de Espejo, que fue el primero que descubrió el Nuevo Mexico y el que más supo de él de cuantos con él han ido. Aquí me parece fuera de muchísimo fruto y de muy grande servicio a Nuestro Señor, que su majestad enviase ministros evangélicos para que redujesen a nuestra santa fe católica a toda aquella gente, que la recibieran con facilidad y la conservaran con toda perseverancia y firmeza.

Habiendo estado la capitana y fragata en esta bahía algunos días, el general mandó se salieran a la mar a ver si la almiranta parecía; y saliendo de la bahía a la vela, a veinte y cuatro de el mes de octubre, vieron venir a la almiranta que fue a todos de mucho contento y gusto su presencia, porque en veinte y ocho días no la habían visto y ya la daban por perdida con los malos temporales pasados.

Ya dijimos arriba cómo se perdió la capitana de la almiranta cerca de el cabo de el Engaño. Como la capitana no hubiese sabido desde que se apartó de ella hasta que tornaron a encontrarse junto a la bahía de las Once Mil Vírgenes ya está dicho y referido; ahora será razón dar cuenta de lo que le sucedió a la almiranta desde entonces hasta que tornaron a encontrarse. Decimos, pues, cómo la almiranta se halló sin la capitana, entendiendo habría arribado al puerto más cercano, como se habían concertado entre sí, que si hubiese tormenta, que los forzase a apartarse y que se perdiesen, que se fuesen a buscar el puerto más cercano que quedase a sotaevnto; fue parecer del almirante y los que con él iban que fuesen a buscarla a los puertos que quedaban atrás, como la orden que dije lo ordenaba; y así tornaron en busca suya, en veinte y cuatro de el mes de septiembre; y recorriendo la costa reconocieron (como arriba dijimos) la bahía de

San Cosme y San Damián y la de San Hipólito y la isla de Cerros; y aquí tomaron agua y leña los que tenían grande y precisa necesidad; y no hallando rastro de ella tornaron a proseguir su camino para buscarla por la costa, si acaso pasó adelante de aquel paraje donde se perdieron, y por no tornar a padecer con el cabo de el Engaño antes de llegar a el fuego gobernando cinco días continuos a lueste la nao, al cabo de ellos se halló cosa de ocho leguas de una grande isla, qué se entendió ser la que llaman de Pájaros y no fue posible llegar a ella, porque los vientos lo estorbaron, aunque trabajaron dos días, por llegar a ella, con todas las diligencias posibles.

Aquí en este paraje, con la fuerza de los tiempos y olas, parece se sintió la nao hacer agua y la madre de el espolón ludía mucho y entraba por allí mucha agua, con las socolladas que daba, y así, por no perderse allí, tornaron a tomar la vuelta de tierra, por si la nao se hubiese de perder o anegarse, salvase la gente, hallándose junto a tierra, haciéndolo así; cuando llegaron junto a tierra vieron la isla de Cenizas, que ya la dejaban atrás, que los de la capitana no la vieron; y prosiguiendo su viaje en busca de la capitana, llegando al paraje de la bahía de las Vírgenes vieron salir de ella la capitana y fragata, y llegándose a hablar se dieron la bienvenida con mucha alegría y no menos contentamiento de todos, y el general mandó prosiguieran su viaje hasta el primer puerto que hallasen. Pasaron por cerca de una isla pequeña, que cerca de tierra había, que se llamó de San Ilario, y costeano la costa vieron una grande bahía y el general envió a la fragata a reconocerla y sondarla y vieron había allí abrigo para el viento norueste y muchos indios; y pasando adelante, cosa de dos leguas, les sobrevino un grande viento norueste, que les fue fuerza tornarse a la bahía que queda dicha; y fue el día de San Simón y Judas, que fue veinte y ocho de octubre; y por esta razón se llamó de este nombre esta bahía. Aquí le pareció al general tomar agua y leña para la nao almiranta; y sucedió lo que en este capítulo siguiente diré.

CAPÍTULO LII. De lo que sucedió en la bahía de San Simón y Judas y lo que se descubrió desde que salió de él la armada, hasta llegar al puerto de San Diego



DEL DÍA DE LOS GLORIOSOS APOSTÓLES San Simón y Judas, por la mañana, mandó el general que con las dos barcas de capitana y almiranta fueran soldados y con ellos el capitán Peguero y el alférez Alarcón a buscar agua a la tierra firme. Cerca de la marina hallaron muchos indios muy dispuestos y valientes y algo arriscados, y entre unos juncos y carrizales tenían éstos hechos unos pozos y de aquí tomaron agua. Los indios, como vieron que los nuestros los regalaban, entendieron que lo hacían por